

bras Públicas me mandó á esta oficina dos Italianos carpinteros muy inteligentes, Francisco Barovi y Atilio Martinelli, con dos ayudantes, para que bajo mi exclusiva dirección se hiciera un casillero.

Aquí se hizo, sin que ninguna otra persona haya tenido ninguna intervención, salvo la Inspección General de Obras Públicas.

Hago esta rectificación por que no es justo que unos *rezen* (*lapsus calami*) el ave maría y otro se gane las indulgencias.

Soy afmo. s. s.

MANUEL J. CARRANZA.

Sin desconocer el mérito de los dichos Italianos y sin negar las grandes aptitudes de don Manuel Carranza para dirigir un trabajo, le escribo la presente suplicándole se sirva contestarme si es ó no cierto que este trabajo se hace por cuenta de la Sociedad de Artes y Oficios y si Ud. como administrador de ella no ha tenido que constituirse en la dirección de Correos para impartir todas las ordenes referentes á ese trabajo desde el día en que Ud. recibió los Talleres del Gobierno.

De su contestación podré deducir si *ninguna otra persona haya tenido ninguna intervención* salvo la Inspección General de Obras Públicas.

Dígame también si Ud. recuerda que hace como un mes se publicó en un periódico de esta capital, cuyo nombre no recuerdo, un suelto en que se llamaba la atención del Gobierno por el modo como perdían el tiempo los artesanos que estaban contruyendo el casillero, y si no fué un señor Loria de la Inspección de Obras Públicas el que contestó echándole el muerto á la Sociedad por ser ella la que tenía á su cargo ese trabajo?

En esa fecha don Manuel Carranza no se dignó decir *esta pluma es mía*, antes dejó que las malas indulgencias se las ganara la Sociedad á pesar de que quienes rezaban las avemarias eran otros; hoy no se reconoce la intervención de la Sociedad que ha concluido el casillero y hoy las indulgencias son del señor Carranza por su exclusiva dirección.

De modo que los Italianos que ejecutaron el trabajo se merecen muy poco en concepto del señor Director;—

En esta cuestión la Sociedad no quiere arrebatar el honor que á los obreros italianos toca por su espléndido trabajo, pero que éste haya dependido de los talleres que fueron del Gobierno solo el señor Carranza se le ocurre negarlo.

Espero que Ud. se sirva manifestarme su modo de pensar en este asunto para publicarlo, pues en mi suelto no tuve la menor intención de expropiar á nadie de sus glorias para darlas á nuestra Sociedad, y creo que ha sucedido todo lo contrario con el ruidoso comunicado del señor Carranza.

De Ud. seguro servidor y amigo.

MIG. A. SALAZAR.

22 de Abril 1890.

Señor Redactor de "El Obrero":

Estoy completamente de acuerdo con sus ideas emitidas en la carta que precede. Todo lo que Ud. me dice es cierto; solo me queda que agregar lo siguiente: después que la sociedad recibió

los talleres, hizo un contrato especial para la conclusión del casillero, y nadie le advirtió á la sociedad ni de palabra ni por escrito, que el señor Carranza fuera director de este trabajo. Ya puede Ud. figurarse si la sociedad que se hizo responsable del casillero, puede haber impedido que alguien se ingiriera en asuntos de dirección, y pudo también poner á los operarios que creyera aptos.

Creo con lo dicho dejar satisfechos sus deseos. Su affo S. S.

JUAN RODRÍGUEZ M.

Colaboración.

La influencia del hogar.

Tantos crímenes y desmanes sociales se cometen día por día, tantas leyes se dictan para coartar los abusos, tantas penitenciarías y casas de corrección abren sus puertas á los desgraciados, que en realidad, perplejo se queda uno á veces, y ganoso al mismo tiempo de buscar el origen de tan aciagas consecuencias. Si fuera posible emplear el escalpelo para hacer la observación y nuestra intuición pudiera penetrar en el fondo moral de tanto criminal, de seguro no encontraríamos más que el germen desarrollado que descuidadamente sembrara quien dió á esas existencias los primeros días de vida. La infancia es el espejo de la pubertad, ha dicho no se que eximio escritor, y en realidad no hay razones con que contrariar tal aserto.

Rara vez se ha transformado un carácter cuando en la niñez no se hace. Pero eso tiene su por qué. Las impresiones más duraderas, los recuerdos que más se graban en nuestra mente, no son otros que los que recibimos cuando niños. Y si en esa edad no hay quien robustezca ese espíritu débil, ávido de conocer y escudriñar las obras de arte que la Naturaleza expone á su contemplación; y si en esa edad no siente la influencia de una cariñosa madre que con melodiosa voz cuanto sencilla palabra le trace el camino que debe seguir para abastecer su inteligencia, que endilgue á la vez su espíritu preparándole para que sea un miembro útil á la sociedad y á la familia, inútil es pensar después en semejantes trabajos. "El niño es el espejo del hombre, como la mañana del día." Dijo Milton. ¿Quién puede desconocer esa verdad? Madres ha habido que presenciaron una conclusión semejante. Jorge Washington fué uno de esos ejemplos. Su madre cuando recibió la noticia del triunfo de York Town dijo: "no me admira, por que quien ha sido buen muchacho tendrá que ser buen hombre." Efectivamente, la educación recibida de una madre que comprenda la misión importante que como tal

desempeña en esta vida, tendrá que dar grandes ventajas siempre que como dice Aimé Martin: "sean capaces de educar á sus hijos." Pero cuan escasas son esas. Pues hoy como en tiempo de Napoleón, viven las palabras de Madame Campan que decía que para que se educara el pueblo convenientemente no faltaba otra cosa que madres!

Si la novela instructiva, en realidad revela las costumbres del siglo en que ha sido escrita, pues es la historia verdadera que pone en relieve los acontecimientos, sin tapar lo que con el embozo de sociedad queda á veces oculto, Pérez Galdós en algunas de sus obras nos dá un ejemplo de la educación que para madres (!) reciben muchas de las educandas de este moderno siglo.

La tranquilidad del hogar, la buena marcha y prosperidad de la familia no dependen más que de la madre. Sus consejos no se olvidan! Su ejemplo siempre vive! Si hace feliz la familia, hará feliz la sociedad que ha depositado en ella la marcha de sus destinos.

TEODORO PICADO.

VARIEDADES.

El carpintero.

Á LUIS G. ARAGÓN.

Alta la frente de sudor bañada,
Revuelto el pelo, la mirada pura,
La blusa del país medio rasgada,
Y el mandil suspendido á la cintura.

Incansable, tenaz! En su alma ardiente
Siempre guarda el embrión de alguna idea;
Ora toma el compás, y entonces sienta!
Ora toma el formón y entonces crea!

Y siempre así! Cuando la aurora brilla,
Solloza la garlopa barnizada,
Y se despierta el sol, y huye la astilla
Cual cinta de marfil arrebolada.

Es su pobre taller santuario inmenso
El trabajo es el dios allí ensalzado;
La madera aromática, el incienso;
El sacerdote, el corazón honrado.

Y ese hombre humilde que con tanto anhelo
Trabaja, sin rencores, sin envidia,
Tiene amor á las glorias de su suelo
Y por la industria de su patria lidia!

A su rey—el deber—le da cariño;
Y da, del mundo la tenaz batalla.
Ora la cuna donde llora el niño,
Ora la urna donde el hombre calla.

Es un mago sagaz de alma sincera
Que con afanes duros y prolijos,
Convierte las migajas de madera
En migajas de pan para sus hijos!

Y con la blusa azul medio rasgada,
Y arrollado el mandil en la cintura;
Torna lento al hogar..... cuando cansada,
La pupila del sol, ya no fulgura.

Y su hogar es muy pobre..... pero santo!
Porque en él, ahuyentando la tristeza,
La palabra república es un canto
Que ofrece un porvenir á la pobreza!

Y á ese hombre humilde que con tanto anhelo
Trabaja, sin rencores, sin envidia,
¡Un premio negará su patrio suelto!.....
¡El por la industria de su patria lidia!

Ah! dadle fuerzas! Que la ardiente gloria
Ceda un laurel al corazón sencillo!
Que se convierta en himno de victoria
El ruido, resonar de su martillo!

Su alma es de esas almas generosas
Que sedientas de luz, viven, palpitan!
Y esas almas así, son cual las rosas:
O les dáis luz de sol, ó se marchitan.

JOSÉ M. BUSTILLOS.

(De "La Palanca". Rosario, México.)

SECCION HUMORISTICA.

Un amigo nuestro legado últimamente de New York, nos contaba las grandes maravillas de aquel emporio de civilización y las que á cada instante lleva á cabo el genio inventivo de los hijos de "Unkle Sam". La última invención mató de cólera al mismísimo John Bull en persona. Cuenta el amigo:

"En la quinta avenida, así como uno llega á la Plaza de La Unión, existe una modesta casa de dos pisos habitada por un aprendiz de encuadernador y su madre.

El pobre muchacho á quien la pobreza hacía delirar aguzó tanto el ingenio que este terminando en punta se coló en un portentoso invento.

Trece años de esfuerzos y de constancia viéronse al fin premiados por un éxito sorprendente.

En la última exposición presentó el fruto de sus afanes.

Figúrense UU. un pedacito de lo que aquí llamamos potrero, muy bien cercado con tablas y en estas una sola abertura á la cual se adhería un enorme tubo de hoja lata que terminaba en una máquina bastante complicada.

Cerca del tubo veíase una cigüeña que manejaba el mismo inventor.

En el potrero citado habían varios cerdos muy gordos y gruñendo libremente. Cuando el jurado se acercó para examinar la máquina, Tentró, que así se llamaba el joven, comenzó á hacer girar el manubrio. Uno de los cerdos como atraído por una corriente absorbente, se precipitó de cabeza en el tubo. Al momento saltó un resorte y apareció una tablilla con esta leyenda:

"Ciento sesenta y cuatro libras dos onzas". Era el peso del cerdo.

Siguió funcionando el manubrio y veinte minutos después por la otra extremidad de la máquina, el jurado sorprendido vió aparecer una enorme cantidad de salchichones.

Un nutrido aplauso saludó la apetitosa aparición y ya se le iba á aplicar el primer premio, cuando un viejo jurado se antojó de tomar un trozo de salchichón y aplicarle un mordizco.

Bái God! gritó el viejo, esto está sin sal!!

Un murmullo terrible se levantó entre la concurrencia; pero Tentró, sin desconcertarse, dió vuelta al revés al manubrio, y poco á poco el salchichón volvió á entrar en el tubo.

Todo el mundo se quedó como en misa. Algunos minutos después se oyó el chasquido de un resorte y una tablilla se levantó anunciando: "Ciento sesenta y cuatro libras!! A poco el cerdo apareció gruñendo y retozando en el potrero. Los dos onzas que faltaban fué el bocado de salchichón que se comió el viejo jurado!!! eh?

Si yo pudiera....!

Ya lo creo! Pero ni yo, ni el pe-